
Restructuración regional-sectorial en México, 1980-1993: una evaluación

• • • • • • • • • • **BORIS GRAIZBORD Y CRESCENCIO RUIZ***

INTRODUCCIÓN

Desde fines de los años setenta México ha realizado notables esfuerzos que, de manera explícita e implícita, han pretendido guiar los procesos de urbanización e industrialización. Explícitamente, se iniciaron con un plan (1978-1982) y después con dos programas nacionales de desarrollo urbano (1984-1988 y 1990-1994) a los que le siguieron otros instrumentos y medidas más de corte territorial, como el Plan Nacional de Desarrollo Industrial (1979). Sin embargo, son más bien las políticas “no espaciales” las que han afectado profundamente las decisiones y el comportamiento de los agentes económicos y factores de la producción.

Los “trabajadores al trabajo”, o la migración de éstos, más que el “trabajo a los trabajadores”,¹ ha sido la pauta que marca y refleja de forma nítida el proceso de urbanización del país en sus primeras fases. Sin embargo, visto como un continuo cambio demográfico, económico y social en el espacio geográfico nacional, este proceso propició que se multiplicara el número y aumentara el tamaño de las ciudades del país. En términos cuantitativos, ello significó un aumento del volumen y la proporción de la población nacional que habita en localidades urbanas,² así como un mayor valor en la relación entre el incremento de los habitantes de éstas y el crecimiento de la población

total. Del lado cualitativo, es notable cómo la sociedad mexicana modificó su perfil sociodemográfico y su comportamiento político.

No hay duda ahora de que la urbanización, al parecer inevitable, relaciona el desarrollo económico y social del país con el crecimiento de la población urbana y el número y el tamaño de las ciudades, si bien recientemente en algunos países los cambios tanto en la estructura económica y social regional como en la dirección de la urbanización han dado lugar a un replanteamiento de esa relación. En efecto, la última revolución tecnológica en las comunicaciones y la informática ha marcado el rumbo de la globalización y la apertura de las economías nacionales. Ha permitido también que los procesos productivos se fragmenten y alejen de las fuentes tradicionales de insumos (energía, fuerza de trabajo, recursos naturales o materias primas), así como de los mercados de consumo y de productos. Así, si antes las economías de escala explicaban la concentración geográfica de la población y las actividades económicas,³ ahora son las economías decrecientes de escala⁴ las que pueden explicar la descentralización de la actividad económica, sobre todo manufacturera.

3. K. Mera. “On the Urban Agglomeration and Economic Efficiency”, *Economic Development and Cultural Change*, núm. 21, 1973, pp. 309-324.

4. M. Priore y C. Sabel, *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity*, Basic Books, Nueva York, 1984.

1. H. Richardson sintetiza en estos términos los extremos de la política del desarrollo regional del Reino Unido. H. Richardson, *Elements of Regional Economics*, Penguin, Harmondsworth, 1969.

2. De 2 500 habitantes, según los censos de población hasta 1970, pero de 15 000 o 20 000 habitantes de acuerdo con diversos criterios adoptados por organismos internacionales y analistas con el propósito de comparar países o sistemas económicos.

* Director del Programa de Estudios Avanzados en Desarrollo Sustentable y Medio Ambiente de El Colegio de México y profesor investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de la misma institución, respectivamente.

En el reducido espacio de este ensayo se discute la relación entre las políticas económicas y la apertura comercial y cómo ambas han incidido en el desarrollo regional y el bienestar de los diversos sectores y clases sociales, vistas estas últimas como grupos de ingreso y en el binomio empresarios-trabajadores. El trabajo comienza con un resumen de los principales elementos de la estrategia del desarrollo económico de México en los ochenta, así como de la evolución de algunas variables demográficas y económicas urbanas en las últimas décadas. Después se describen los cambios sectoriales por región en el período 1980-1993 y se da cuenta de los efectos de esos cambios en el empleo y los ingresos de los mexicanos. Por último, se presenta una breve recapitulación.

LA ESTRATEGIA ECONOMICA DE LOS OCHENTA

En 1982 la economía mexicana entró en una profunda crisis que para principios de 1986 mostraba algunos signos de recuperación. En este último año se emprendió una estrategia comercial que permitió acelerar la integración de la economía mexicana al sistema mundial.

El período 1980-1993 se puede dividir en varias etapas. En efecto, en el primer quinquenio de los ochenta la crisis económica se manifestaba abiertamente: devaluaciones sucesivas; inflación superior a 100% anual; desequilibrio en la cuenta corriente, que en 1982 ascendió a 2 685 millones de dólares; déficit del sector público equivalente a 17% del PIB, y una deuda externa de alrededor de 85 000 millones de dólares. La crisis, al parecer, no era producto de la circunstancia, sino que tenía una profunda raíz estructural, como señalaron en su momento los estudiosos del tema.

El problema de la deuda marcó un punto de inflexión importante del desarrollo mexicano. Cuando a finales de los setenta México registraba altas tasas de crecimiento económico y contaba con enormes reservas probadas de petróleo, le fue concedida una gran parte de los créditos financieros otorgados a los países en desarrollo. Sin embargo, a partir de 1982 el endeudamiento externo fue la principal limitante para el crecimiento del país. Con las devaluaciones subsecuentes de la moneda, los servicios de la deuda se volvieron una pesada carga que se combinó con un restringido acceso al financiamiento externo en los años siguientes. En 1980, la deuda representaba 27.6% del PIB y en 1986 se elevó a 79.5%. En 1987 el monto global de la deuda ascendía a 102 400 millones de dólares.⁵

En el momento de la profundización de la crisis, la economía mexicana dependía de las exportaciones petroleras, que representaban 75% del valor total de las ventas foráneas. La gradual reducción de la demanda internacional del petróleo y la caída de su precio permitían vislumbrar los graves problemas que se avecinaban para la economía nacional. Poco a poco el gobier-

no reconoció las dificultades de esta fuerte dependencia y junto con la presión de organismos financieros internacionales empezaron los pronunciamientos por una mayor diversificación de las exportaciones. En la segunda mitad de los ochenta, el gobierno expresó su determinación de mejorar la balanza de pagos y recuperar la capacidad crediticia e impulsó las exportaciones no petroleras dentro de un marco de mayor apertura económica, con el resultado de que los bienes intermedios y los artículos de consumo duradero mostraron los mayores incrementos.⁶

El impulso a las exportaciones exigió nuevas políticas y medidas deliberadas, entre las que se pueden mencionar: estímulos fiscales, derechos de exportación, reducción de impuestos a importaciones necesarias para exportadores y simplificación administrativa para la exportación. Estas acciones se institucionalizaron mediante varios instrumentos normativos como la Ley de Comercio Exterior de 1986, el Programa Nacional de Fomento Industrial y Comercio Exterior, 1984-1988, el Programa de Fomento Integral a las Exportaciones de 1985 y, recientemente, el Programa Nacional de Modernización Industrial y del Comercio Exterior 1990-1994 (Pronamice). Asimismo, se emprendieron otras medidas como las reformas económicas para incrementar la inversión extranjera en áreas productivas antes restringidas al capital foráneo, lo que permitió que una vez que la economía mostrara signos de estabilidad, en particular después de 1985, se elevara el ingreso de capitales e inversiones externas. El gobierno dio inicio, también, a una política de privatización de las empresas públicas a fin de fortalecer sus finanzas. Ese proceso se realizó de manera gradual, sobre todo desde 1986, y en febrero de 1990 se había declarado la privatización o la liquidación de 891 entidades y el proceso había concluido en su totalidad en 691 casos.

Esas medidas forzaron la transición definitiva del viejo modelo sustitutivo de importaciones o de "crecimiento hacia adentro" a otro de apertura al exterior o exportador y, por tanto, descentralizador, de acuerdo con las demandas de la nueva división internacional del trabajo y de la globalización. Al mismo tiempo, los nuevos instrumentos de política económica y la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) indican la alta prioridad concedida a la producción de mercancías para la exportación y a la integración de bloques comerciales con otros países. Los efectos territoriales (negativos o positivos) que puedan derivarse de tales transformaciones no están aún claros en todo el país, pero ya se empiezan a sentir en algunas regiones y ciudades, como se intenta mostrar en las siguientes secciones.

Evolución urbana e industrial

La fase centrípeta y concentradora que dio lugar al crecimiento demográfico y económico acelerado de las grandes ciudades,

5. P. Wong González y P.L. Salido, "Libre comercio, integración internacional e impacto territorial en México", *Estudios Sociales. Revista de Investigación del Noroeste*, vol. 11, núm. 4, 1991.

6. Un indicio de ello sería la composición cambiante de las exportaciones que hasta entrados los ochenta se basaban en el sector ex-

sobre todo la Ciudad de México, va desde 1950 hasta 1970. Algunos analistas dividen en dos el período de la posguerra en México: 1950-1980 y 1980-1990. El primero es el llamado “desarrollo estabilizador” o “milagro mexicano” y al segundo se le conoce como la “década perdida”, cuyos primeros síntomas comenzaron a dibujarse ya desde la primera crisis petrolera mundial de los setenta. En este trabajo se considera un período de aceleración del crecimiento demográfico: desde 1950 hasta 1970;⁷ otro, de 1970 a 1980, en el que dicho crecimiento se atenúa, y un tercero en el que el país entra francamente en una fase de transición urbana. Ésta se presenta como una descentralización económica y demográfica a favor de las ciudades secundarias de tamaño medio (de 100 000 a un millón) que crecen con tasas superiores a las de la capital, tanto en población como en su producto industrial.⁸

La urbanización y el crecimiento económico contemporáneo del país se iniciaron en la segunda mitad del siglo XX. El empleo y el producto agrícolas comenzaron su caída abrupta en los cincuenta, lo que acarrió una elevada inmigración rural-urbana. Al mismo tiempo, en diversas ciudades principiaban —todavía de manera incipiente— las inversiones en servicios públicos que hasta esos años sólo existían en las más importantes ciudades del país o en algunas capitales estatales. La Ciudad de México recibió la mayor proporción de la migración rural y se benefició de grandes inversiones de capital económico y social (infraestructura física y equipamiento social), pues el gobierno atinadamente pareció reconocer la eficiencia de la concentración en la etapa de despegue económico industrial. México entró así al club de países en los que la pauta es el crecimiento urbano —más o menos concentrado— que permite o exige políticas de industrialización acelerada por sustitución de importaciones, apuntalada con el crecimiento del mercado interno y la demanda efectiva concentrados en la capital. De manera paralela, la población urbana del país creció de 14.4 millones en 1960 a 24 millones en 1970 y a 38 millones en 1980; pasó de 40.4% de la total en 1960 a casi 50% en 1970 y a más de 55% en 1980; el número de las ciudades de 50 000 y más habitantes aumentaron de 46 en 1960 a 60 en 1970 y 76 en 1980. A mediados de los setenta los indicadores del fenómeno empezaron a mostrar signos de cambio: la tasa de urbanización se redujo de 1.8% promedio

tractivo (petróleo, principalmente). Éste concentraba más de dos terceras partes del total en 1980, 40% en 1986 y en 1989 se había reducido a una tercera parte; los productos de la industria manufacturera pasaron de 23% en 1980 a casi 60% al fin del período. Nafin, *La economía mexicana en cifras 1990*, México, 1990.

7. W. Zelinsky, “The Hypothesis of the Mobility Transition”, *Geography Review*, núm. 61, 1971, pp. 219-249.

8. La transición demográfica del país desde antes de los años cincuenta afectó la fecundidad y la mortalidad de las poblaciones y se relaciona, entre otras, con la expansión de los servicios públicos urbanos y la política social de los gobiernos revolucionarios. Martha Mier y Terán y Cecilia Rabel, “Inicio de la transición de la fecundidad en México. Descendencias de mujeres nacidas en la primera mitad del siglo XX”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. IV, núm. 1, enero-marzo de 1993.

anual durante 1960-1970 hasta llegar a sólo 1.3% en 1970-1980, cuando en 1950-1960 habría llegado al máximo histórico de 3.8 por ciento.⁹

En los lapsos 1950-1960 y 1960-1970 la Ciudad de México apenas comenzaba a expandirse física y funcionalmente; mostraba ya su vocación metropolitana. En 1980 el número de zonas metropolitanas del país llegó a 26, mientras que la Ciudad de México —que en 1930 se había convertido en una ciudad millonaria— albergaba en 1960 a más de 5.4 millones de habitantes y 9.1 millones en 1970. Por esos años el área urbana de la capital había rebasado con creces los límites de la antigua ciudad y ocupaba territorio de 11 municipios del Estado de México, entidad que rodea por el este, el oeste y el norte al Distrito Federal. La población de la zona metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), de más de 13 millones de habitantes en 1980, representaba de 20 a 22 por ciento¹⁰ de la población total del país; junto con las otras (Guadalajara, Monterrey y Puebla) concentraba más de la mitad (51.3%) de la población urbana. En el decenio de los ochenta el patrón de concentración llegó a un punto de inflexión y la tendencia comenzó a revertirse de manera franca, es decir, en términos absolutos y relativos. En efecto, la poco entendida primacía urbana, que caracterizaba al sistema urbano nacional, se redujo pues la ciudad primaria, cuya población en 1970 y en 1980 equivalía a la de 23 ciudades que le seguían en tamaño, en 1990 sólo sumaba lo de las 14 siguientes. Asimismo, su peso disminuyó a 18% del total nacional, y para todo el sistema urbano nacional la población concentrada en las mencionadas cuatro grandes metrópolis pasó de 51.3% en 1980 a 45.1% en 1990. Asimismo, la tasa de urbanización del conjunto urbano sólo llegó a 0.8% en este último año, a pesar de que la población en localidades de 15 000 o más habitantes representara más de 60% del total nacional.

La actividad económica nacional, al igual que la población, también se centró de modo primordial en la industria y los servicios localizados en la ZMCM primero (hasta los años setenta) y luego (hasta los ochenta) en las zonas metropolitanas de Monterrey, Guadalajara y Puebla. En la esfera sectorial, la ZMCM participaba en el PIB industrial con 46% en 1960 y en 1980 alcanzó un máximo de 48%. Estas cuatro metrópolis contribuyeron ese último año con 68% al PIB industrial del país. Al reducirse el crecimiento demográfico de esas grandes ciudades en el conjunto nacional durante el primer quinquenio de los ochenta, también empezó a disminuir su peso económico industrial: la ZMCM pasó de 46 a 32 por ciento y la de Monterrey de 10.3 a 6.7 por ciento; la de Guadalajara la aumentó de 5.2 a 6.3 por ciento y Puebla se mantuvo en 3.7 por ciento.

9. Esa tasa de urbanización compara los porcentajes de la población urbana (en localidades de 15 000 habitantes o más) al final y al principio del período considerado y representa el incremento medio anual de la población urbana.

10. La cifra oficial de 13.9 millones de habitantes para la ZMCM según el censo de 1980 sobrepasa otras estimaciones que la ubican en no más de 13 millones, lo que equivale a 22 o 20 por ciento de la población del país, respectivamente.

Se presentan algunas dificultades para identificar en estas tendencias posibles relaciones o "asociaciones causales" entre crecimiento demográfico y crecimiento económico de signo positivo, o bien entre crisis y desconcentración de actividad económica. Por un lado, al parecer la crisis de 1982 dio inicio a una creciente participación de las ciudades secundarias o intermedias —sobre todo las de 250 000 a 500 000 habitantes— en el PIB industrial y total del país. Por otro, la redistribución de la población urbana y la aceleración del crecimiento demográfico urbano hacia las ciudades secundarias (excluidas las otras tres grandes metrópolis que en los setenta se habían expandido de manera notable por encima de la propia ZMCM) coincide con la pérdida relativa del peso de la región centro a favor de las regiones periféricas del país. En la dimensión temporal, estas consideraciones conducen a preguntarse si los cambios de rumbo en las tendencias de la urbanización y del desarrollo económico son coyunturales, sexenales o bien estructurales y parten de procesos más o menos independientes, como parece ser el caso del crecimiento demográfico en México y en otros países, al margen del grado de desarrollo o de sus sistemas políticos.

En este artículo se sostiene que la distribución de la población en el territorio nacional sigue en el largo plazo una modalidad independiente de la situación económica coyuntural, aun cuando ambas se afecten entre sí. En todo caso, la relación entre ambas no se da de manera inmediata ni automática en el tiempo. Lo anterior resulta por demás claro cuando se observa que los deseos del Estado por arraigar a la fuerza de trabajo en su lugar de nacimiento, donde apenas encuentra medios para sobrevivir, se queda sólo en el papel. Esto es muy notorio —pese incluso a las políticas monetarias o fiscales— cuando por diferencias en los costos de producción o los ingresos promedio, o por previsiones de cambio económico, político o social, tanto empresarios como trabajadores y la población en general deciden buscar un lugar ventajoso y cambian de proveedores y de clientela, los primeros, y de residencia y lugar de trabajo, los segundos. Ello no significa, por supuesto, que las acciones del Estado, la mayoría de las ocasiones retardadas —para no decir pasivas—, no refuercen o modifiquen las decisiones vocacionales de estos factores en una relación circular: un mayor gasto público localizado regional o puntualmente induce decisiones locales a favor de esas áreas o puntos privilegiados, y un crecimiento económico y demográfico inusitado en alguna región o lugar exige una respuesta pública (inversión) en infraestructura física y social, y así sucesivamente.¹¹ Que esto suceda automática e inmediatamente sólo sería posible con información completa e instantánea sin costo y sin fricciones, lo cual no es posible para factores cuya principal característica es una enorme heterogeneidad espacial y sectorial.

Los cambios y los efectos de la política económica (espacial por naturaleza) se aprecian sobre todo en el sector urbano de la

economía. En efecto, en 1990 las principales 127 ciudades del país, de acuerdo con el valor de su PIB,¹² produjeron 74% del PIB nacional y más o menos 8 de cada 10 pesos del PIB sectorial total de las manufacturas, el comercio y los servicios. En 1970, las 118 ciudades¹³ principales del país participaron con 64.6% del PIB nacional, 71% del PIB del sector manufacturero y más o menos 75% del producto del comercio y servicios. Así, mientras que las ciudades aumentaron notablemente su peso en el PIB nacional y sectorial (de 64.6 a 72.9 por ciento), el de la ZMCM sólo lo hizo ligeramente (de 28.6 a 30.6 por ciento del total), a pesar de haberlo perdido en el sector manufacturero (de 37.5 a 33.7 por ciento). La ganancia se debió, por tanto, al leve aumento de su importancia comercial y a la localización en ella de todo tipo de servicios que incrementaron su peso de 32.1 a 34.2 por ciento en el PIB comercial y de 34 a 43.2 por ciento en los servicios.

En suma, las cifras muestran una descentralización del sector manufacturero desde la ZMCM hacia el resto de las ciudades y las zonas metropolitanas, pero una concentración de los servicios en ella. Asimismo, revelan una pérdida de la importancia de las manufacturas en la generación del PIB nacional (22.5 a 18.4 por ciento de 1970 a 1990) y en los correspondientes productos del total de ciudades (24.7 a 20.1 por ciento) y del total de las cuatro zonas metropolitanas principales (30.1 a 21.8 por ciento). Es, por tanto, la actividad terciaria la que aumenta de manera notable su importancia en los ámbitos nacional, urbano y metropolitano. Así, lo que antes de 1970 se manifestaba como una transferencia de población del campo a la ciudad y de fuerza de trabajo de actividades agrícolas o primarias hacia las secundarias, en los noventa resulta una transferencia de fuerza de trabajo del sector secundario al terciario y de población y empleo manufacturero de las metrópolis hacia la mayoría de ciudades medias del país. Lo anterior afectó profundamente la calidad de vida, la estructura del empleo y la fuerza de trabajo de las ciudades, tanto como la estructura interregional del ingreso y del producto. Así puede dibujarse, sin duda, una nueva geografía de la producción y del consumo, que equivale en cierto sentido al *axis shift* o cambio de coordenadas geográficas en Estados Unidos desde el este hacia el oeste y el sur en los setenta, aunque en México se trata más bien de una filtración (*hierarchical filtering*) de arriba hacia abajo en la jerarquía urbana. Por otro lado, parecería también, si se observan los efectos sociales de la reestructuración, que en el último sexenio se profundizó la brecha entre las entidades del centro y el norte y las del sur, que ya en los cincuenta había identificado Paul Lamartine Yates.¹⁴ En este sentido, junto con el incremento real de 1970 a 1990 del valor total del producto nacional (2.4 veces, de 278 a 678

12. El cálculo para cada ciudad se realizó de manera indirecta con base en el empleo de ésta como factor de ponderación del valor sectorial de la entidad federativa a la que pertenece cada una de ellas.

13. La diferencia de nuevas ciudades entre 1970 y 1990 no cambia de modo significativo las proporciones ni afecta las conclusiones.

14. Paul Lamartine Yates, *Desigualdades regionales en México*, Banco de México, 1962.

11. La inversión o actividad productiva directa del Estado se ha reducido drásticamente en México y ahora se discute la privatización de sectores (petróleo, comunicaciones, electricidad) que se consideraban estratégicos e intocables.

billones de pesos de 1990),¹⁵ los salarios de los trabajadores cayeron de manera alarmante, con el resultado de que la pobreza y la pobreza extrema, en términos absolutos y relativos, aumentó en los últimos años, lo que no ocurría en décadas pasadas.

En el siguiente apartado se examina la “otra cara de la moneda”.

RESTRUCTURACIÓN REGIONAL 1980-1993

En este apartado se presentan datos de los censos económicos de 1980, 1988 y 1993 divididos en dos períodos: 1980-1988 y 1988-1993. Se pretende mostrar los cambios en la participación regional de las actividades manufactureras, la construcción, el comercio y los servicios con base en el número de establecimientos, personal ocupado, remuneraciones al personal ocupado y valor agregado, y evaluar éstos en el tamaño promedio de los establecimientos, el ingreso-salario per cápita y la productividad o valor agregado por personal ocupado en cada uno de esos sectores, según agregados regionales.¹⁶

PERÍODO 1980-1988

Número de establecimientos

En el plano nacional se ha incrementado el número de establecimientos manufactureros, de la construcción, comerciales y de servicios, aunque en proporciones distintas en cada sector, pues su participación en el total resulta menor para los tres primeros sectores y sólo mayor para el de servicios, que se eleva de 28% en 1980 a 31.5% en 1988. En esos años, el peso de las regiones y sus sectores en el total sufrió modificaciones importantes. Los cambios más notables fueron en detrimento de la región centro, que pasó de casi 41% del total nacional a sólo 36.5%. En esa región todos los sectores perdieron peso, sobre todo el manufacturero, que de concentrar 43.6% del total nacional en 1980 cayó a 36.8% en 1988. Ello representa una pérdida absoluta: pasó de 55 000 a 51 000 establecimientos, que de por sí constituye un hecho sin precedente en la historia del país. En comercio y servicios se registra un incremento absoluto del número de establecimientos, que les permite mantener y, en el caso de los servicios, aumentar su peso relativo en la propia región.

La pérdida de peso relativo de los establecimientos manufactureros en cada región y la ganancia también relativa de los servicios son fenómenos generalizados. Sin embargo, salvo la del centro, todas las regiones registraron ganancias en el número

absoluto de establecimientos manufactureros y aumentos en su ponderación en el total del sector. Asimismo, dentro de las regiones la manufactura adquirió mayor importancia de la que tiene en escala nacional, lo que hizo posible la especialización industrial manufacturera en el caso de las regiones centro-norte, occidente y pacífico, mientras que la península de Yucatán y la región centro, como se mencionó, perdieron terreno.

Personal ocupado

Los datos censales revelan la pérdida de dinamismo de la manufactura para generar empleos, al grado que durante los ocho años del período algunos subsectores aumentaron su personal ocupado en alrededor de sólo 5% (papel, metálica básica y minerales no metálicos). Varios factores explican ese comportamiento: la contracción del mercado interno asociado a la crisis, la renovación tecnológica en las empresas y la competencia de productos extranjeros, entre otros.¹⁷ El comercio y los servicios mostraron una clara tendencia a incrementar su importancia en el mercado laboral del país: contribuyeron a la marcada terciarización de la economía. En esta dinámica debe destacarse el incremento del personal no remunerado, sobre todo en el comercio al por menor y los servicios al consumo. Es decir, el sector terciario mostró mayor capacidad para generar empleos, no sólo porque atrajo nuevas inversiones a mediana y gran escalas provenientes del sector industrial que buscaban actividades más rentables en el comercio al mayoreo y en los servicios al productor, sino sobre todo debido a que proliferaron las ocupaciones no asalariadas en pequeña escala y por cuenta propia, que revelan una precarización del empleo terciario.

La estructura sectorial del personal ocupado en las regiones experimentó transformaciones significativas en el período; en cinco (noreste, centro norte, occidente, centro y la península de Yucatán) la población ocupada en el sector manufacturero disminuyó su participación debido a la creciente importancia de las actividades terciarias. Sin embargo, sólo en la región centro ese descenso porcentual de cinco puntos significó una caída de la población ocupada en términos absolutos (alrededor de 31 000 empleos). Por otro lado, las regiones que más contribuyeron a generar empleos en ese sector fueron ante todo la norte, centro norte y después la noroeste y noreste, que en conjunto contribuyeron con más de 80% del incremento neto de personal ocupado en el sector. Lo mismo sucedió en la industria de la construcción: en 1980 la región centro concentraba 56% o 246 000 de los 440 000 trabajadores que se empleaban nacionalmente en ese sector y en 1988 cayó a 45%, o 154 000 de un total de 342 000. Puede decirse que fue básicamente la región centro, que alberga a la ZMCM, la que enfrentó mayores dificultades para generar empleos en la industria manufacturera; nuevas y más

15. La población urbana aumentó en esos veinte años 2.07 veces (de 23.8 a 49.4 millones) y la económicamente activa 1.8 veces (de 12.9 a 23.4 millones).

16. Se adoptó una regionalización del país sin estar de acuerdo con ella, que considera nueve regiones y ha sido utilizada en el medio académico y en la programación estatal por la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) y últimamente por la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) y el INEGI.

17. T. Rendón y C. Salas, “El mercado de trabajo no agrícola en México. Tendencias y cambios recientes”, en *Ajuste estructural. Mercados laborales y TLC*, El Colegio de México, Fundación Friedrich Ebert y El Colegio de la Frontera Norte, México, 1992.



La pérdida de peso relativo de los establecimientos manufactureros en cada región y la ganancia también relativa de los servicios son fenómenos generalizados

dinámicas empresas buscaron localizaciones en las demás regiones, sobre todo en el norte del país.

La actividad comercial registró incrementos netos en el empleo en todas las regiones, pero en dos (norte y centro norte) la participación porcentual de ese sector disminuyó. Los mayores incrementos se dieron en las regiones centro, occidente y noreste. Hay que destacar, sin embargo, dos aspectos: a) las regiones que tuvieron esos aumentos no coinciden con las que registraron los mayores incrementos manufactureros, salvo la centro norte, que tuvo el segundo incremento manufacturero más importante y el cuarto en el sector comercio, y b) el fuerte crecimiento del comercio se asocia a la presencia de las grandes concentraciones urbanas nacionales (Ciudad de México, Puebla, Guadalajara y Monterrey), que precisamente se ubican en las regiones que registran mayores incrementos en ese sector. La economía de las grandes ciudades mexicanas, en efecto, se caracterizó en la última década por el enorme crecimiento del comercio al por menor, en particular por cuenta propia (vendedores ambulantes, por ejemplo). El personal ocupado no remunerado en este sector representó 50% o más del incremento neto en las regiones occidente y centro y centro norte, golfo y Pacífico sur. Es ahí donde seguramente la contracción en las actividades remuneradas

orilló a la población a buscar en la actividad comercial por cuenta propia una alternativa para conservar o acrecentar sus ingresos.

Por último, se debe destacar que en los ochenta el empleo en los servicios registró incrementos positivos netos y porcentuales en todas las regiones del país. En particular, la región centro tuvo los mayores incrementos en todo tipo de servicios, aunque los relacionados con el consumo participaron en mayor medida de ese incremento, lo que revela una multiplicación de actividades de baja calificación (por ejemplo, compraventa de alimentos, prendas de vestir o servicios personales). Los servicios al productor también aumentaron, lo que parecería indicar que ciertas ramas industriales no perdieron dinamismo o se reestructuraron internamente y demandaron esos servicios de apoyo. Los servicios colectivos (enseñanza, asistencia social) aumentaron su importancia, sobre todo como resultado de la demanda de las grandes concentraciones urbanas. Los incrementos señalados reflejan una reestructuración productiva al interior de esta región particularmente compleja e interesante. La región occidente muestra el segundo incremento más alto en todo el sector y en particular en los servicios al consumo y colectivos, pero no así en los servicios al productor, seguramente por el escaso crecimiento de la manufactura. También destacan los incrementos en las regiones del noroeste, noreste, norte y centro norte, en las que los servicios al consumidor tienen la más alta participación, lo cual es una constante en todas. En el caso de los servicios al productor, estos empleos se asocian al crecimiento manufacturero basado principalmente en la maquila.

Valor agregado

El incremento en pesos de 1980 del valor agregado total durante el período (1980-1988) fue de 30%, del cual, paradójicamente, se atribuyen dos terceras partes al sector manufacturero y el tercio restante al comercio. Los servicios mantuvieron su volumen absoluto, pero en términos relativos su peso se redujo de 16.8 a sólo 13 por ciento, siendo que los dos sectores anteriores aumentaron su participación relativa en el total: el manufacturero pasó de 52 a 57.3 por ciento y el comercio de 21 a 27.4 por ciento del valor agregado total. Por regiones, la norte y la centro norte aumentaron en forma considerable su importancia en esta variable y, nuevamente, la centro retrocedió de 54.7 a 46.3 por ciento.

Algunas relaciones entre variables

La reestructuración económica, por sectores y regiones, que se inició durante los ochenta fue producto tanto de la crisis cuanto de la globalización. La siguiente descripción de las relaciones analíticas entre las variables descritas en los párrafos anteriores permite apreciar sus efectos regionales.

En todas las regiones, y en el plano nacional también, el tamaño promedio de los establecimientos manufactureros (número de establecimientos/personal ocupado) aumentó durante el período. No sucedió así en la construcción, que registró una pér-

dida de tamaño de los establecimientos en todas las regiones, salvo en la península de Yucatán, que seguramente refleja el auge del turismo. Caso contrario es el del comercio y los servicios, que registraron un ligero aumento en todas las regiones en el tamaño promedio de los establecimientos. Esto sólo es significativo en los servicios al consumidor y en algunas regiones en los orientados a la producción. En este último caso estarían, sobre todo, el noreste, el norte y la península de Yucatán. Obsérvese que en los totales regionales el tamaño promedio de establecimientos —que para el país y todos los sectores fue de 5.2 en 1980 y 5.24 en 1988— resulta mayor que el nacional en el norte (noroeste, norte y noreste) y la región centro en ambos años, con crecimientos relativos importantes en la norte y la noroeste y disminución en las noreste y centro entre el año inicial y el final.

En el caso de la productividad del trabajo (valor agregado/personal ocupado), que en el país se redujo de 226.1 en 1980 a 217.9 en 1988 (en miles de pesos de 1980), se observan mayores valores para ambos años sólo en las regiones centro (14% en 1980 y 19% más en 1988) y noreste (9% en 1980 y 12% en 1988). Lo mismo sucede con el ingreso salario por trabajador: sólo en esas dos regiones los trabajadores obtuvieron un mayor salario promedio comparado con el nacional. Cabe señalar que en el año final la región norte mostró un valor promedio poco mayor que el nacional, aunque sólo en 1%, mientras que en la centro resultó 17% mayor y en la noreste, 19 por ciento.

Al respecto, parecería que los trabajadores que permanecieron en la región centro durante la crisis, o los que llegaron a ella o a las regiones norte y noreste, lograron amortiguar el efecto de la caída general del salario promedio, el cual se redujo en el plano nacional de 89.8 (en miles de pesos de 1980) a principios del decenio a 64.6 al fin del mismo. En ambos años se observan importantes variaciones regionales en los cuatro sectores, aunque de manera sistemática en todos los sectores y subsectores y en todas las regiones el ingreso-salario promedio (remuneraciones al personal ocupado) se redujo de 1980 a 1988. No hay un solo sector ni una región que haya registrado un incremento real, a pesar de que en algunos aumentó en términos reales el monto total de remuneraciones, como fue el caso del subsector 35 (química) en el plano nacional y el 38 (metal-mecánica) en casi todas las regiones, aunque nunca en proporción al incremento del valor agregado correspondiente. Lo anterior podría sugerir una relativamente mayor "explotación" de la fuerza de trabajo o, en términos funcionales, una utilización más "eficiente" del factor trabajo, según quiera verse. Desde esta perspectiva y tomando en cuenta que en el sector comercial (tanto al mayoreo como al menudeo) el volumen de remuneraciones se incrementó en términos absolutos (en pesos de 1980), cabría también pensar que el costo del factor trabajo en esta actividad aumentó, lo que dio por resultado que los empleados en estas ocupaciones recuperaran terreno en términos relativos y en promedio. Lo anterior no es válido para este sector en todas las regiones, pues en algunas el crecimiento del personal ocupado sobrepasó el aumento en el volumen total de remuneraciones o fue proporcional, permitiendo al final del período sólo mantener en términos reales el ingreso-salario per cápita igual al del año inicial.

Puede concluirse que, si bien la reducción del ingreso-salario de los trabajadores fue general en el período, éstos elevaron su productividad per cápita (valor agregado/personal ocupado) en la industria manufacturera y el comercio en el plano nacional y en todas las regiones del país, mientras que en los servicios y de manera extraordinaria en la industria de la construcción la productividad per cápita se redujo invariablemente. Así, mientras que en los primeros sectores la relación capital-trabajo resultó positiva, en los segundos fue en detrimento de ambos factores, puesto que ni en los servicios ni en la construcción aumentó el número de empleos y en este último cayó de manera estrepitosa el valor agregado.

PERÍODO 1988-1993

Los datos censales más recientes son los de 1993. Es probable que en el quinquenio transcurrido de esa fecha hasta 1998 las cosas hayan cambiado, pero en algunos aspectos, como el salario por trabajador en los tres sectores analizados, tal vez haya seguido el deterioro iniciado a principios de los ochenta. Y si bien se han registrado altibajos (leve recuperación a fines de ese decenio), la tendencia muestra, incluso en el corte de 1993, que en los ingresos-salarios de los trabajadores ha aumentado el deterioro de su capacidad de compra y, por tanto, se ha reducido su peso como consumidores de los bienes y servicios que constituyen básicamente el mercado interno.

Ruiz Chiapetto analiza el proceso de convergencia-divergencia regional en México a partir del PIB per cápita de las entidades federativas para el período 1900-1993. Asimismo, identifica los enfoques posibles para un análisis de convergencia regional y refiere a la posibilidad de tomar en cuenta variables macro, como las que aquí se analizan, para dar cuenta de las tendencias de evolución sectorial por región. En sus conclusiones el autor destaca una clara convergencia regional en la etapa de desarrollo estabilizador de 1940-1970.¹⁸ Sin embargo, no parece haberse dado de manera nítida y contundente la asociación teórica propuesta por los estudiosos del desarrollo regional: mayor crecimiento económico, incremento de la concentración demográfica y aumento de las desigualdades regionales o bien este último en las primeras etapas y su descenso en las posteriores, respectivamente, pues cuando hubo mayor concentración demográfica (en la Ciudad de México) y un crecimiento económico sostenido, la tendencia mostró una reducción de las desigualdades regionales. Ahora que se aprecia una descentralización del crecimiento de la población urbana aún concentrado en la ZMCM y una descentralización de la actividad manufacturera hacia las ciudades medias del país, la cual se inició después de 1975, resulta que los datos muestran una mayor divergencia entre regiones.

Con base en los datos censales por sector económico y región, en este apartado se muestra lo sucedido de 1988 a 1993. El lap-

18. Crescencio Ruiz Chiapetto, "El desarrollo del México urbano: cambio de protagonista", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, México, agosto de 1993, pp. 708-716

so, además de ser demasiado corto para identificar tendencias claras derivadas de los cambios estructurales que la economía mexicana experimentó en esta etapa de apertura y globalización, antecede a la puesta en marcha del TLCAN (1994). Sin embargo, permite corroborar en algunos casos (sectores y regiones) o bien rechazar lo que se había detectado en los apartados anteriores sobre las tendencias de los ochenta.

La terciarización es, sin duda, la tendencia general del país en todas las regiones. La excepción es la península de Yucatán, donde los establecimientos del sector secundario crecieron más que los del terciario (en particular, las manufactureras tuvieron —en términos relativos— un incremento de casi 50% al pasar de 15% en 1980 a 11.7% en 1988 y a 20.3% en 1993 con respecto al total) y se mantuvo el porcentaje de establecimientos de servicios alrededor del valor porcentual que alcanzaron en 1980 y en 1988, pero se redujo el de comercios de 55.3% en 1980, 58% en 1988 y 50.7% en 1993.

En el centro del país siguió el descenso relativo del sector secundario que llegó a 11.5%, perdiendo más de dos puntos y un punto con respecto a 1980 y 1988, respectivamente; los servicios aumentaron a 32%, dos puntos más con respecto a 1988; la ponderación del comercio se redujo de 58.7% en 1980 a 56.5% en 1993.

En el plano nacional, en el sector manufacturero se aprecia un repunte hasta alcanzar 12.2% en 1993 de un valor que de 13.5% en 1980 sólo llegó a 11% en 1988. Los servicios aumentaron de 28% en 1980 y 31.5% en 1988 a 32.5% en 1993, mientras que el comercio redujo su peso de 58.43% en 1980, 57.6% en 1988 a 55.4% en 1993.

En términos regionales, la participación del centro cedió peso al pasar de 40.9% del total en 1980 a 36.5% en 1988 y 34.7% en 1993; en general las demás regiones mantuvieron su participación relativa con ganancias menores a medio punto porcentual; el mayor incremento relativo correspondió a la península de Yucatán, cuyo peso relativo en los sectores secundario y terciario aumentó, con una participación de 4.1% del total nacional en 1993.

La pérdida relativa de la región centro es también significativa en relación con el personal ocupado: de 48% en 1980 a 39% en 1988 y sólo 37.6% en 1993; las remuneraciones al personal ocupado pasaron de 55.6% en 1980 a 45.7% en 1988 y a 46.2% del total nacional en 1993. Con respecto al valor agregado censal bruto, el centro participó con 46.4% en 1993, casi lo mismo en 1988 con 46.3%, pero menor que en 1980, cuando llegó a 54.7% del total nacional.

Se aprecia, así, una recuperación del ingreso-salario de los trabajadores de la región centro con respecto a 1988, si bien aquél es todavía menor que en 1980, no sólo en términos regionales sino en los tres sectores considerados. La productividad per cápita se redujo en la región y en los sectores de manufacturas y comercio con respecto a 1988, pero aumentó en el terciario, sin alcanzar aún su valor de 1980.

En el plano nacional el ingreso per cápita también aumentó en general y por sector con respecto a 1988 sin alcanzar los valores de 1980. La productividad general del país se redujo con respecto a los dos años anteriores en general, así como en los sectores manufacturero y de comercio, aunque en los servicios

se incrementó con respecto a 1988, más no en relación con 1980, cuando era casi 30% mayor en los servicios, 6% superior en comercio, poco más de 6% mayor en manufacturas y ligeramente superior a 19% en general.

El norte es un caso especial. Habría que dividirlo por lo menos en tres o cuatro regiones. Tres de ellas (noroeste, norte y noreste) están en contacto directo con la línea fronteriza México-Estados Unidos y la cuarta podría ser la región centro norte que incluye Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas que, vale decir, es una de las más dinámicas en términos de productividad per cápita. Esto tal vez obedezca a la penetración de maquilas y también a las grandes inversiones de empresas transnacionales en actividades manufactureras tradicionales (producción de automotores) y las relacionadas con el sector “cuaternario” de comunicaciones e informática.

UNA VISIÓN CRÍTICA DE LOS CAMBIOS

Al final del sexenio anterior, México proclamaba las bondades de las fuerzas del mercado y la privatización sobre la regulación y la participación estatal. La economía se ha abierto al exterior y, por tanto, el proteccionismo da paso a la competitividad y la eficiencia. Al mismo tiempo, como “la otra cara de la moneda”: el nivel de vida de las mayorías cayó dramáticamente; la población pobre y en pobreza extrema se incrementó de manera notable; el ingreso de los trabajadores y las familias se redujo a niveles de país de “cuarto mundo”; el desempleo “abierto” y el “disfrazado” (en actividades informales o marginales de muy baja remuneración, de horarios muy prolongados o muy reducidos) aumentó en proporciones alarmantes. La mínima capacidad para generar empleos,¹⁹ los toques salariales y la oferta de mano de obra que entra por primera vez al mercado de trabajo redujeron la participación de las remuneraciones al personal ocupado en el PIB de 37% en el decenio de los setenta a sólo 26.4% al término del sexenio anterior. En 1994 el poder adquisitivo del salario mínimo se redujo a 40% del que tenía en 1982 y el salario manufacturero sólo representó 85% del nivel del año inicial.

De 1981 a 1988 el número de pobres aumentó de 31 a 41 millones, y los pobres extremos de 13.7 millones a principio de los ochenta llegaron a 17.3 millones al final del decenio; de éstos 7 de cada 10 pertenecen a zonas rurales.²⁰ La distribución familiar del ingreso sufrió una regresión, pues los hogares en los últimos cuatro deciles con menores ingresos disminuyeron su participación del ingreso familiar total de 14.4% en 1984 a 12.7%

19. Estimaciones de fuentes independientes publicadas en los medios periodísticos y de la propia Canacinttra preveían que en 1995 no sería posible crear el millón de empleos anuales que se requieren para cubrir rezagos acumulados en los últimos años.

20. Según datos del INEGI y de la CEPAL, 9.9 millones de personas de los 84 millones de mexicanos en 1992 vivían en condiciones de pobreza extrema. Los pobres urbanos representan 54% de los pobres del país, aunque más de la mitad de los pobres rurales son indígenas y esta proporción es menor a un tercio en el medio urbano.

en 1992; los dos deciles de mayores ingresos aumentaron su participación de 49.5 a 54.2 por ciento del total, de tal suerte que los deciles correspondientes a los estratos medios, del tercero al sexto, redujeron también su participación de 36 a 33 por ciento.

Cabe insistir en que de 1984 a 1989 el decil más alto fue el único que ganó puntos porcentuales en la distribución del ingreso nacional y lo hizo de manera extraordinaria: en sólo cinco años concentró 5.2 puntos porcentuales más del ingreso nacional, pues pasó de 32.8 a 37.9 por ciento. Todos los demás deciles perdieron puntos, si bien de 1989 a 1992 tanto el primero como el segundo más altos aumentaron su porcentaje del ingreso: de 37.93 a 38.16 por ciento y de 15.62 a 16.02 por ciento, respectivamente; así, 20% de la población concentra 54.18% del total del ingreso nacional.

Lo anterior se relaciona de manera estrecha con el desempleo. En 1993 había 5% de personas desempleadas en las 37 ciudades incluidas en la encuesta nacional de empleo urbano del INEGI. Pero, si se consideran como no empleados a los que reciben menos de un salario mínimo (8.5% de la PEA) resulta un desempleo de 12.4%. Más aún, se estima que el desempleo “disfrazado” afecta a quizá 30% de la población activa.

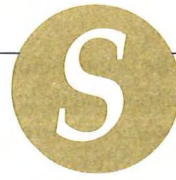
No todos los problemas están del otro lado de la moneda. Las ganancias empresariales reforzaron la regresiva concentración, pues absorbieron 59.3% del ingreso nacional disponible en 1992 (contra poco menos de 53% en 1981). Además, el aparato productivo nacional, de acuerdo con los analistas de la Canacinttra, se encuentra “amarrado” a las importaciones, de tal suerte que en algunas ramas el grado de integración nacional no es mayor a 5-10 por ciento y en promedio 20%, por lo que “no sólo en la elaboración de artículos de exportación, sino incluso en los destinados únicamente al mercado interno [...] difícilmente puede lograrse una real sustitución de importaciones” si así se buscara, frente a la nueva e inestable paridad cambiaria con el dólar.²¹ A los empresarios, al parecer, les ha resultado más sencillo sobreponerse a las deficiencias, a la no disponibilidad oportuna y a la falta de calidad de los productos nacionales mediante la importación de la mayor parte de sus insumos, con el consecuente desequilibrio de la balanza comercial.²²

Es importante destacar que la política económica de los sexenios de De la Madrid y Salinas apoyó la actividad exportadora de las manufacturas. Este aspecto es de suyo relevante, en especial si se toma en cuenta que la actividad manufacturera ha adquirido mayor peso en la base económica de las ciudades secundarias. Sin embargo, sectorial y regionalmente las exportaciones mexicanas de manufacturas tienen un carácter concentrado y vulnerable:²³ 76.3% del total lo exportan tres ramas:

21. “Amarrado a importaciones, el sistema productivo nacional: Canacinttra”, *El Financiero*, 26 de enero de 1995.

22. En 1993 el comercio exterior de México terminó con saldos en contra con América del Norte (4 500 millones de dólares) y los países de la ALADI (500 millones de dólares), mientras que con la Comunidad Europea obtuvo un saldo favorable de 4 000 millones de dólares. M. Gollas, “México 1994. Una economía sin inflación, sin igualdad y sin crecimiento”, Documento de Trabajo, CEE, El Colegio de México, 1994.

23. La elevada integración de insumos foráneos en la producción manufacturera se reflejó en un incremento muy acelerado durante los



*e insiste en la duda
acerca de la eficacia
de las políticas y
acciones públicas en
el cumplimiento de
metas y objetivos
espaciales, como la
distribución
equilibrada de la
población*

maquinaria y equipo; química, y alimentos, bebidas y tabaco; 73% de las exportaciones se concentra en 25 productos comercializados por sólo 2% de las empresas nacionales, y tres cuartas partes se realiza con Estados Unidos —de ahí también las ventajas de localizarse en los estados del norte del país—. Las empresas allí ubicadas, maquiladoras por cierto, son las únicas que dan cuenta del incremento del empleo manufacturero, lo que compensó la caída del empleo industrial en éste y otros sectores en las demás regiones del país.

La pobreza también se distribuye de manera desigual. Los estados más pobres participan cada vez menos en la riqueza nacional. Dos estados del sureste (Chiapas y Oaxaca), uno del centro (Hidalgo) y Yucatán en la península han sido tradicionalmente los más pobres: 40 y 28 por ciento de la población ocupada de los dos primeros obtienen ingresos inferiores al salario mínimo y en el caso de los dos últimos el porcentaje rebasa 30%. En el otro extremo, es notable la polarización geográfica de la riqueza y el dinero: en el Distrito Federal, Jalisco, Nuevo León,

años noventa en las importaciones (de bienes de capital e intermedios), a tal grado que la balanza comercial con el exterior comenzó desde 1989 a abrir una enorme brecha.

Veracruz y Tamaulipas se concentra 77% de la captación bancaria de ahorro y crédito y 95% de la captación total de la banca de inversión. En las entidades en donde se localizan las tres grandes zonas metropolitanas del país (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey) los bancos comerciales captaron en 1994 casi 8 de cada 10 pesos de sus recursos disponibles.

El dinero tiene mayor movilidad relativa que los individuos. De esta suerte, se puede esperar una mayor descentralización de las inversiones que buscarán, como decía Hirschman, las oportunidades periféricas toda vez que logren percibir las. Por otro lado, los trabajadores indocumentados que prueban suerte en la economía estadounidense, californiana en particular, muestran que no tienen razones para permanecer en su lugar de origen y que su grado de tolerancia ha sido rebasado no sólo debido a los enormes diferenciales del salario que existen entre México y Estados Unidos, sino también por las reducidas oportunidades de empleo que no permiten cumplir con las expectativas pecuniarias y no pecuniarias de una cada vez más pobre pero menos dócil fuerza de trabajo mexicana.²⁴

CONCLUSIONES

Aceptar que las acciones explícitamente territoriales del Estado no influyeron directa ni sustantivamente en la distribución geográfica de la población y el crecimiento urbano no significa menospreciar las políticas públicas. Al contrario, manifiesta una preocupación por las bases conceptuales y los instrumentos que se utilizan para guiar, controlar o modificar el comportamiento —en este caso espacial— de los agentes económicos (factores de la producción).

En este trabajo se destacaron algunos cambios de la estructura regional del país y del proceso de urbanización, sobre todo durante fines de los ochenta y principios de los noventa. Las preguntas que se intentaron responder giraron en torno al papel de las políticas económicas de los gobiernos salinista y de su antecesor en tales cambios. Así, las preguntas ¿en qué consistieron los cambios? ¿cuáles fueron las políticas? ¿cómo se relacionaron?, aunque difíciles y de múltiples respuestas, se trataron de contestar reduciéndolas a su dimensión urbano-regional. Por ello, se insiste en la duda acerca de la eficacia de las políticas y acciones públicas en el cumplimiento de metas y objetivos espaciales, como la distribución equilibrada de la población, y también en lo difícil que resulta creer que sea una causa única, como sería en este caso el Estado o la crisis, lo que determina o condiciona las decisiones y el comportamiento espacial,²⁵ ya sea concentrador o desconcentrador, de las actividades económicas y los factores de la producción (capital-trabajo).


24. El levantamiento guerrillero en Chiapas, que sorprendió al país el primer día de enero de 1994, podría verse quizá como muestra exacerbada de esa combinación de frustraciones económicas y políticas.

25. Todas, al ser racionales, pueden considerarse económicas, incluido el número de hijos, la edad del matrimonio, el inicio de cualquier actividad, un cambio de residencia o trabajo, etcétera.

Aunque cada vez menos, algunos autores consideran que el Estado es omnipotente y ubicuo y que sus acciones y políticas determinan la forma en que los demás agentes económicos —los grupos sociales en general— toman sus decisiones. Otros consideran que tales decisiones responden a múltiples variables y que el Estado y su política sólo constituyen aspectos adicionales que hay que tomar en cuenta. Asimismo, sostienen que el Estado no es homogéneo, que opera fragmentado de manera sectorizada y en múltiples niveles con resultados muchas veces contradictorios. De ahí que propongan la relativa independencia de los fenómenos económicos, sociales, demográficos, geográficos y políticos, sin desconocer la importancia de estos últimos.

Los cambios descritos en párrafos anteriores, en todo caso, son muestra suficiente para aceptar que México está inmerso en un proceso de desarrollo económico regional que ya comenzó a afectar la tradicional estructura centro-periferia del país y habrá de consolidar un sistema interregional e interurbano muy complejo.²⁶ La estructura económica regional se modificó a partir de una transferencia de capital y fuerza de trabajo, ya no del sector primario hacia las manufacturas, como sucedió de 1950 a 1970, sino desde éstas hacia los servicios, como ha ocurrido en las economías capitalistas industrializadas (postindustriales).

Este último sector se constituyó en el de mayor peso en los planos nacional y regional. No obstante, durante el decenio de los ochenta México experimentó no sólo un proceso de desindustrialización sino también una reindustrialización en la que el sector manufacturero; si bien perdió empleos y número de establecimientos, ganó en “tamaño” y productividad. En estos procesos, la región centro, que históricamente ha sido el pivote del desarrollo urbano e industrial del país —a pesar de su pérdida relativa de su peso y liderazgo industriales—, mantuvo en términos generales los mayores establecimientos, la más alta productividad y los empleos mejor remunerados, aunque las regiones del norte lograron aproximarse a ella y otras regiones y sectores dentro de ellas también ganaron terreno en el período analizado.

En los últimos 15 años México sufrió una reestructuración y un reajuste de sus actividades de base urbana (manufactura, construcción, comercio y servicios), al tiempo que el factor trabajo en todos o casi todos los sectores retrocedió —a pesar de las políticas— en lo que le corresponde de la renta nacional, regional y sectorial. Los cambios han sido profundos pero no se dieron de modo simultáneo ni favorecieron a todos al mismo tiempo ni en el mismo lugar y muestran en conjunto dos caras de la misma moneda, marcando inequívocamente la conformación de la nueva geografía del desarrollo económico y social del país. 

26. Los enfoques y las interpretaciones que sobre el desarrollo regional del país se han hecho a lo largo del tiempo han insistido hasta los ochenta en los desequilibrios y la concentración enmarcados en un modelo centro-periferia. Sólo ahora empieza a aceptarse el enfoque de sistemas de ciudades. E. Mendoza Berrueto, “Implicaciones regionales del desarrollo económico de México”, *Demografía y Economía*, 1969, y L. Unikel, “Políticas de desarrollo regional en México”, *Demografía y Economía*, 1975.